

JOSÉ AGUSTÍN DE LA PUENTE CANDAMO Y LOS INICIOS DEL INSTITUTO RIVA-AGÜERO

José de la Puente Brunke¹

RESUMEN

Este artículo presenta el contexto en el cual surgió el proyecto de creación del Instituto Riva-Agüero, y explica el desarrollo de sus actividades en sus primeros cinco años de vida institucional. Utiliza como fuente primordial el epistolario de José Agustín de la Puente Candamo, a partir del cual se manifiestan los objetivos que se plantearon los fundadores del Instituto, y se pueden conocer muchos detalles de su desarrollo en esos tiempos iniciales.

Palabras clave: Historia institucional; Instituto Riva-Agüero; José de la Riva-Agüero y Osma; Víctor Andrés Belaunde; José Agustín de la Puente Candamo.

ABSTRACT

This article presents the context in which the project for the creation of the Riva-Agüero Institute arose, and explains the development of its activities in its first five years of institutional life. It uses José Agustín de la Puente Candamo's letters as a primary source for the objectives set by the founders of the Institute. It shows many details of its development in those initial times.

Keywords: Institutional History; Riva-Agüero Institute; José de la Riva-Agüero y Osma; Víctor Andrés Belaunde; José Agustín de la Puente Candamo.

¹ Profesor principal de Historia de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Es también vicepresidente de la Academia Nacional de la Historia.

Introducción

En el panorama de la vida intelectual y académica en el Perú del siglo XX, el Instituto Riva-Agüero, de la Pontificia Universidad Católica del Perú, tiene un lugar destacado. Con esta contribución, que tiene como fuente fundamental el epistolario de José Agustín de la Puente Candamo,² se indagará en los orígenes y en los primeros pasos del Instituto. Me referiré fundamentalmente a los cinco primeros años de vida institucional (1947-1952), atendiendo tanto a los objetivos que explican su creación, como a la “pequeña historia”, referida incluso a asuntos menudos, que fueron parte de la vida cotidiana del Instituto. Como sabemos, su origen estuvo en el deseo de la Universidad, y de los colegas y discípulos de José de la Riva-Agüero y Osma (1885-1944), de honrar la memoria de ese gran polígrafo y benefactor de la Universidad. El hecho de haber dispuesto en su testamento que la Universidad Católica fuera heredera universal de sus bienes constituye un caso muy singular en la historia republicana del Perú. En el proyecto de creación del Instituto coincidían, pues, la gratitud de la Universidad, y el deseo, compartido por muchas personas, de perpetuar la memoria y el legado intelectual de Riva-Agüero. Así, en el acta de fundación del Instituto, se decía –entre otras cosas– que el Instituto debía ser “un centro de estudio en el que se estimule la investigación histórica y humanística y se exalten y defiendan los valores cardinales de la Fe, la tradición hispánica y de la peruanidad integral que inspiraron la vida y la obra de Riva-Agüero”.³

Riva-Agüero en el panorama intelectual peruano del siglo XX

Riva-Agüero fue una de las figuras intelectuales y políticas más importantes de la primera mitad del siglo XX en el Perú. Fue un huma-

² El epistolario de José Agustín de la Puente Candamo está en proceso de catalogación, y algunos de los documentos ya están publicados en la página web “Memoria de la Puente” (<https://delapuentecandamo.pe>).

³ Acta de fundación del Instituto Riva-Agüero (Lima, 1947). Archivo Histórico del Instituto Riva-Agüero, Sección Reservados, Fondo Riva-Agüero.

nista que, a partir de sus investigaciones, su actividad docente y sus publicaciones manifestó un constante interés por el estudio del Perú, entendiéndolo como una realidad que era fruto de la herencia andina y de los aportes hispanos y cristianos. Su obra es de primera importancia en lo referido –sobre todo– a lo historiográfico, a lo literario y a lo político. A los 20 años de edad sustentó en la Universidad de San Marcos su tesis de bachillerato en Letras, bajo el título de *Carácter de la literatura del Perú independiente* (1905). Fue “todo un acontecimiento”, en palabras de su compañero de generación Víctor Andrés Belaunde, ya que hasta entonces no se había planteado un panorama del desarrollo de la literatura en el Perú del siglo XIX, y recibió elogios de grandes intelectuales del mundo hispano, como Miguel de Unamuno.⁴ *La historia en el Perú* (1910) fue su tesis de doctorado en Letras, y constituye, según opinión unánime de los estudiosos, el inicio de la historiografía científica en el Perú. En 1911 y 1912 presentó sus tesis de bachillerato y de doctorado en Derecho.

En 1912 hizo Riva-Agüero un viaje de varios meses por la sierra sur del Perú, que dio origen a su posterior libro *Paisajes Peruanos*, que para muchos fue su publicación más importante. Se trata del texto que mejor expresa su interés por el conocimiento y el estudio del Perú: se combinan reflexiones sobre geografía, medio ambiente, arqueología, historia, literatura y en torno a la situación social de la población indígena. El mensaje central del libro es el de la necesidad de la integración del Perú, y muy en especial de la costa con la sierra. Víctor Andrés Belaunde calificó ese viaje como “una verdadera peregrinación patriótica”, y lo vinculó directamente al convencimiento que los integrantes de la generación del Novecientos tenían en torno a que el principal problema social del Perú era el “problema indígena”.⁵ En ese viaje Riva-Agüero mostró también su gran interés por la vida política: ya era una figura pública desde tiempo antes –por su oposición al primer gobierno de Augusto B. Leguía–, y posteriormente llegaría a fundar dos partidos políticos, en diferentes momentos de su vida.

⁴ Belaunde 1967, vol. I: 333-334.

⁵ Belaunde 1967, vol. II: 489.

A partir de su etapa universitaria, Riva-Agüero se había ido alejando de la fe católica, influido por el ambiente positivista que se vivía en San Marcos. Décadas después, durante su autoexilio europeo en el tiempo del Oncenio de Leguía –y en contacto con las nuevas corrientes católicas de Francia, Italia y España⁶– fue madurando poco a poco lo que sería su regreso al catolicismo, que haría explícito a su retorno al Perú, a inicios de la década de 1930. Su figuración pública siguió siendo de primer orden, aunque el ambiente político de la época era bien distinto del de los años anteriores a su autoexilio: las ideas socialistas y comunistas habían adquirido fuerza, al igual que otros movimientos políticos de origen izquierdista, como el partido aprista. Por razones políticas fue distanciándose de su *alma mater*, la Universidad de San Marcos, y se aproximó cada vez más a la Universidad Católica, que había sido fundada en 1917 por el sacerdote francés Jorge Dintilhac. Allí impartió en 1937 un célebre curso sobre el Perú de los incas, bajo el título de “Civilización tradicional peruana”, lo cual pone de relieve su permanente interés por el mundo andino. Es más, ya en *Paisajes Peruanos* había afirmado que el Cuzco era “corazón y símbolo del Perú”, y que la patria peruana era obra de los incas “tanto o más que de los conquistadores”. En esas mismas páginas afirmó que la suerte del Perú era inseparable de la que corriera la población indígena, y que el país en su conjunto se hundiría o se redimiría con ella.

La “regeneración” del Perú era una de las grandes preocupaciones de Riva-Agüero, la cual era compartida por sus compañeros novecentistas. En efecto, quienes integraron la generación del Novecientos reflexionaron en torno a la viabilidad del Perú, luego de la gravísima crisis de la guerra con Chile. Influidos por el pensamiento de Bartolomé Herrera, concebían el país como resultado de la combinación de los aportes andinos, europeos y africanos, que con el tiempo habían empezado a constituir una realidad nueva, que Belaunde denominó “síntesis viviente”. Recibieron también la influencia de Manuel González Prada, quien denunció, luego de la guerra del Pacífico, las contradicciones y las ine-

⁶ Pacheco Vélez 1962: XI.

quidades del Perú de la época. Así, pues, siendo Riva-Agüero el más representativo aristócrata del Perú de su tiempo, denunció el egoísmo y la falta de compromiso con el Perú de la nobleza y la burguesía limeñas del siglo XIX: la aristocracia de origen virreinal era “pobre boba (...), incapaz de toda idea y de todo esfuerzo”; y en cuanto a la “burguesía criolla” denunció que para sus integrantes el Perú no era nación sino factoría productiva.⁷ Los novecentistas fueron muy firmes en condenar la irresponsabilidad de la clase dirigente peruana, que no se había ocupado seriamente en superar las injusticias sociales padecidas por la mayoría de la población peruana. Además, destacaron la importancia de los valores indígenas de la nacionalidad, y plantearon el “problema indígena” como el primero que debía solucionarse.⁸

A lo largo de la segunda mitad del siglo XX, la figura de Riva-Agüero fue minusvalorada, e incluso ignorada, por prejuicios de carácter político e ideológico, a partir de su condición de derechista convencido y católico a rajatabla en los últimos años de su vida. Sin embargo, más recientemente se está dando una suerte de revaloración de su legado intelectual. Aparte de las consideraciones políticas, es indudable su prominente papel en la historia de la historiografía, sus brillantes estudios sobre literatura peruana y, sobre todo, su profundo amor por el Perú, que lo llevó a estudiarlo desde muy diversas perspectivas.

La muerte de Riva-Agüero y la idea de fundar el Instituto

Riva-Agüero murió en Lima el 25 de octubre de 1944. Su sepelio fue una multitudinaria manifestación de aprecio, que confirmó la importancia de su figura en la vida intelectual, social y política del Perú de la primera mitad del siglo XX. La idea de fundar un Instituto para honrar su memoria, y que tuviera su sede en la casa familiar de la calle de Lártiga, surgió de forma espontánea entre sus colegas y discípulos, en el seno de la Universidad Católica. Víctor Andrés Belaunde, su amigo y compañero de generación, fue quien lideró el proyecto, y tuvo como

⁷ Riva-Agüero 1969: 159-160.

⁸ Planas 1994: 35.

colaborador fundamental al joven José Agustín de la Puente, quien tenía tan solo 25 años cuando se fundó el Instituto y asumió la Secretaría. El Consejo Superior de la Universidad acordó la creación del Instituto en octubre de 1946, dos años después de la muerte de Riva-Agüero.

De la Puente no había sido alumno de Riva-Agüero, ya que cuando ingresó a la Universidad este había dejado de dar clases. Sin embargo, siempre se consideró su discípulo, por la cercanía que tuvo con él. Lo conoció desde niño, por la vinculación de parentesco y de amistad de Riva-Agüero con sus padres. Recordaba las frecuentes visitas de Riva-Agüero a su casa familiar de Orbea, a lo largo de la década de 1930. Asistió junto con su padre, José de la Puente Olavegoya, el 18 de enero de 1935 –día en que se conmemoraban cuatrocientos años de la fundación de Lima– a la ceremonia en la capilla donde está la sepultura de Nicolás de Ribera el Viejo, en la catedral, durante la cual Riva-Agüero leyó su célebre trabajo sobre la descendencia del primer alcalde de Lima. Fueron varias horas en las que el público, de pie, escuchó ese estudio genealógico. La admiración de De la Puente por Riva-Agüero se acrecentó durante su etapa de estudiante universitario, a partir de las tertulias que tenía con él, junto con un grupo de sus compañeros, en el departamento que ocupó Riva-Agüero en el Hotel Bolívar, a raíz de los daños sufridos por su casa tras el terremoto del 24 de mayo de 1940. En una semblanza escrita en 1994 –en ocasión de cumplirse 50 años de la muerte del ilustre polígrafo– decía lo siguiente:

En las frecuentes tertulias generalmente al mediodía o por la noche, gozábamos de verdad y aprendíamos al escuchar sus reflexiones sobre la vida del Perú, su historia y la visión del porvenir. Descubrimos a un hombre fundamentalmente serio, a un gran lector, a un erudito que no se alejaba de las grandes cuestiones generales, a un hombre con una personalidad recia y valiente y con un dominio impresionante de los medios de expresión. [...] Los universitarios de los años 40 vimos en él al hombre inteligente. Pero nos subyugaba no sólo la prestancia intelectual, sino que también ganaba nuestro espíritu la fuerza de su comportamiento y de su raciocinio, y adquiriría una función ejemplar su integridad moral, su fran-

queza, su esfuerzo porque su vida reflejara las ideas que públicamente defendía.⁹

Volviendo a la fundación del Instituto, además de la figura de Belaunde, debe destacarse la colaboración en el proyecto de otros destacados intelectuales de la época. Mención especial merecen Raúl Porras Barrenechea y Raúl Ferrero Rebagliati. El acta de fundación del Instituto fue redactada por Porras, y dictada por él a Ferrero, quien la puso por escrito, en una reunión en la que estuvo presente José Agustín de la Puente. Entre febrero y marzo de 1947, Belaunde se encontraba en Washington, participando en un arbitraje internacional, y De la Puente le informaba de modo puntual de las labores de instalación del Instituto en la casa de la calle de Lártiga. Por carta del 10 de marzo le comunicaba que ya se había terminado el traslado de los libros desde la casa de Riva-Agüero en Chorrillos, y se estaba trabajando en el fichero de la Biblioteca del Instituto. Habían empezado por fichar los libros de la sección peruana, ya que serían los más importantes para el trabajo en los seminarios que se crearían. Al parecer, ya habían coordinado para que Belaunde solicitara a la Biblioteca del Congreso, en Washington, una serie de catálogos y manuales que servirían para la organización de la Biblioteca.

Los inicios de las labores del Instituto requerían también de la instalación de mobiliario y de instrumentos de trabajo apropiados para un centro de investigación: mesas, sillas, estanterías, máquinas de escribir, etc. En la misma carta del 10 de marzo, De la Puente comunicaba a Belaunde que para mediados de abril ya estarían listas las sillas, las mesas y los estantes que se habían encargado. Refería también que el Dr. Constantino Carvallo, como representante de la Junta Administradora de la Testamentaría de Riva-Agüero, había accedido a todos los pedidos que se le habían hecho, menos a la compra de las máquinas de escribir, ya que consideraba que ese gasto debía estar a cargo de la Universidad. Le decía también que para las labores referidas al Instituto contaba con el apoyo de Manuel Moreyra Paz Soldán –miembro del Consejo Superior de la Universidad– y de José Dammert Bellido. El apoyo de Dammert era crucial, ya que era el Secretario General de la Universidad.

⁹ Puente Candamo 1994: 167-168 y 171.

En otro orden de cosas, se decidió instalar la capilla del Instituto en un salón situado a la derecha del patio principal, ya que originalmente la capilla de la casa familiar estaba en un ambiente interior y más pequeño. La instalación de la capilla requirió también de una serie de gestiones, la más importante de las cuales fue la obtención del lienzo del Cristo crucificado que hasta hoy preside el altar. Ese lienzo fue obsequiado por una comunidad de religiosas de los Barrios Altos, y su traslado –al parecer algún tiempo después de la inauguración del Instituto– se hizo de modo bastante sencillo: sobre el techo del automóvil de Víctor Andrés Belaunde –que él mismo conducía– se colocó el cuadro, y desde los asientos traseros, uno a cada lado, cuidaban del traslado Raúl Porras y José Agustín de la Puente. Es una reveladora imagen de cómo dos grandes personalidades de entonces –uno, compañero de generación de Riva-Agüero, y el otro discípulo suyo y miembro de la generación del Centenario– no dudaron de ocuparse personalmente de una tarea tan prosaica como la del traslado de un cuadro, acompañados de un joven de 25 años que compartía la ilusión de sacar adelante el Instituto.

El 7 de febrero de 1947, De la Puente le escribía una carta a Joaquín Ruiz-Giménez, quien presidía el Instituto de Cultura Hispánica, que se había fundado el año anterior en el monasterio del Escorial, en el marco del congreso de la organización católica Pax Romana, al cual acudió De la Puente integrando una delegación de universitarios peruanos. En esa carta le explicaba los objetivos del Instituto que tres meses después se crearía en Lima:

Después de haberme recibido de abogado, hace unas dos semanas, me tienes dedicado en la organización del Instituto Riva-Agüero, del que creo que te ha hablado Belaunde; el objetivo esencial es ahondar en los problemas de la cultura en el Perú y efectuar una obra de verdadera categoría intelectual en la sección Doctoral de la Facultad de Letras.

De esa carta se desprende también que De la Puente ya estaba gestionando que el Instituto de Cultura Hispánica otorgara becas a estudiantes peruanos para que fueran a investigar en archivos españoles. Además, en carta posterior al mismo Ruiz-Giménez, de 2 de junio del mismo año, se refería a la organización, en el Instituto, de una “Exposi-

ción del libro español”, a partir de un envío de libros que se recibiría de España.

El acto inaugural y las primeras actividades

La preparación del acto inaugural fue materia de diversas coordinaciones, sobre todo entre Belaunde y De la Puente. El 27 de marzo le escribía otra carta a Belaunde, quien por entonces se encontraba en Nueva York. En ella le expresaba su preocupación por el hecho de que su estadía en Lima, en abril, fuera a ser muy corta, ya que consideraba que para los pasos iniciales del Instituto era imprescindible el empuje de Belaunde y su capacidad de convocatoria. Don Víctor Andrés había propuesto el 7 de abril como fecha para el acto de inauguración del Instituto, y De la Puente le informaba que no sería posible, por varias razones. La primera era el estado de salud del fundador y rector de la Universidad, el P. Jorge Dintilhac. Le informaba que la enfermedad del P. Jorge se había “agravado enormemente”. En segundo lugar, el Consejo Superior de la Universidad consideraba que antes de procederse a la inauguración debían resolver con Belaunde una serie de asuntos referidos al presupuesto del Instituto. Precisamente De la Puente le decía que para las tareas de organización el gran problema era “la ausencia casi absoluta de medios económicos”. En tercer lugar, la Junta Administradora de la Testamentaría de Riva-Agüero demoraba la aprobación de los gastos, y por eso las sillas y las mesas no estarían listas para el 7 de abril. A De la Puente le preocupaba también el “rapidísimo retorno a EE.UU.” de Belaunde, ya que eso iba a impedir que estuviera en Lima organizando personalmente el Instituto, como se había previsto originalmente:

Seguramente usted creará que estoy pesimista y le llamará la atención todo lo que le digo, pero, créame don Víctor Andrés, que ahora que he iniciado la organización de la biblioteca he visto con claridad que si a los reducidísimos medios económicos unimos la ausencia de usted, es casi nada lo que podrá efectuarse.

De la Puente consideraba fundamental la presencia en Lima de Belaunde para promover las actividades del Instituto, para conseguir apoyos, para convocar a colaboradores y para impulsar los seminarios

que se tenía previsto crear. Por eso, le decía que si se alargaban los periodos de su ausencia del Perú, sería preferible iniciar las actividades con la puesta en marcha de la Biblioteca y con el lanzamiento de algunas publicaciones. Consideraba que se debía postergar la creación de los seminarios para el momento en el que Belaunde pudiera estar en Lima de modo más permanente.

En efecto, la estadía en Lima de Belaunde, en abril de 1947, duró tan solo trece días. Precisamente durante esa estadía falleció el P. Dintilhac, el 13 de abril. Por una carta que Belaunde le dirigió a De la Puente poco después de dejar Lima –desde altamar, el día 22– sabemos que pudo solucionar el problema de la falta de recursos económicos. En esa misiva le comentaba que estaba intentando descansar después de “los 13 tremendos días de Lima”, y se refería a la suscripción con la que se pensaba erigir un monumento en homenaje al P. Dintilhac, de quien decía que “parece que me hubiera esperado para morir. Yo no dudo de que vamos a tener la protección de su espíritu”. Le manifestaba también su preocupación “por la situación del país y de la Universidad Católica”, y en la carta se intuyen las discrepancias que existían entre diversos miembros del Consejo Superior de la Universidad. Por eso, Belaunde sugería postergar para el segundo semestre el acto formal de inauguración del Instituto, en el que él leería un elogio de Riva-Agüero. Sin embargo, suponía que Cristóbal de Losada y Puga –por entonces ministro de Educación, además de profesor de la Universidad– era partidario de organizar la inauguración de inmediato, cosa que en efecto ocurrió. En unas palabras que sugieren las aludidas discrepancias, decía Belaunde que “temo que ponga en sitio de honor presencias irónicas e indeseables”. En esa carta, además, Belaunde mencionaba a las personas en quienes consideraba que se debería apoyar De la Puente en los trabajos de organización del Instituto: Porras, Ferrero, el Padre Vargas Ugarte y José Dammert Bellido, Secretario General de la Universidad.

El 1 de mayo, De la Puente le informaba a Belaunde que a mediados de ese mes se llevaría a cabo “la instalación de labores” del Instituto, luego de una Misa oficiada por el Nuncio Apostólico. Así, pues, dicha ceremonia se celebraría pocas semanas después del fallecimiento del fundador de la Universidad, y en un ambiente de comprensible inquie-

tud por el futuro. La preocupación de De la Puente por la ausencia de Belaunde se explica también por su deseo de que él fuera el sucesor del P. Dintilhac en el rectorado. Esto no lo expresa en las cartas, pero lo sabemos por su propio testimonio: refirió que le expuso a Belaunde el riesgo de que no alcanzara el rectorado si viajaba para participar en el arbitraje entre Francia y Siam para el que había sido convocado. Belaunde, en cambio, pensó en que podría asumir el rectorado posteriormente. En carta del 4 de mayo, desde Miami, le decía que “el arbitraje franco-siamés no ha comenzado todavía; pero espero darme una escapada para la inauguración del Instituto y de la Universidad”. Se refería al acto previsto para el segundo semestre.

El acto de instalación o ceremonia inaugural –De la Puente utiliza ambas expresiones indistintamente– se celebró el 18 de mayo. El día 20 le informaba a Belaunde:

La actuación del 18 resultó muy buena desde todo punto de vista; el local causó muy buena impresión; la concurrencia numerosa y los discursos muy oportunos; mucha falta nos hizo usted, y ha sido una verdadera pena que no estuviera presente el día en que se instalaba la obra por la cual usted había luchado tanto. El Nuncio estuvo contento y bien impresionado, lo mismo que el Cardenal. La Misa que celebró el Nuncio estuvo bien concurrida, lo mismo que la actuación posterior que presidió el Cardenal, que lo recordó a usted en su discurso. Por los recortes de los diarios se dará cuenta del buen desarrollo de la ceremonia.

Desde los Estados Unidos, Belaunde seguía muy de cerca los pasos iniciales del Instituto. Así como se preocupaba por las relaciones con el Cardenal y con el Presidente de la República, hacía gestiones en la Biblioteca del Congreso de Washington para conseguir apoyos en la organización de la Biblioteca del Instituto. Sin embargo, se preocupaba también por detalles pequeños y hasta de carácter material: por ejemplo, en carta que envió a De la Puente desde Washington, el 29 de mayo, le pedía que le contara cómo habían quedado los estantes, las sillas y las mesas. También le decía que había que enviar a los periódicos textos ya listos para su publicación, sobre las actividades del Instituto, para facilitar el trabajo a los periodistas. En esa misma carta, felicitaba y agradecía

a De la Puente por su labor en la organización del Instituto: “Llegó por fin tu esperada carta sobre el Instituto Riva-Agüero. Muy bien todo y te felicito, porque tú has sido el que más ha trabajado en tan noble y trascendental empresa”.

De la Puente recordaba su preocupación por el éxito del primer acto público que se organizó luego de la fundación del Instituto: se trató de una conferencia dictada por el célebre académico Louis Baudin, autor de *El imperio socialista de los incas*.¹⁰ Antes del inicio de la conferencia se encontraba en la puerta en compañía del Embajador de Francia, y no ocultaban ambos su inquietud por el escaso público que iba ingresando a la casa de Lártiga. Finalmente, sin embargo, hubo una buena concurrencia y la conferencia resultó muy lucida.

Debe resaltarse el activo papel de Raúl Porras en los inicios del Instituto. En efecto, según cuenta De la Puente, en carta a Belaunde del 1 de mayo de 1947, Porras había tenido la idea de preparar el acta de fundación del Instituto, que se leyó el día de la instalación. Porras también había aceptado dictar en los meses de junio y julio una serie de conferencias sobre Pizarro y la conquista. En carta del 20 de mayo a Belaunde, De la Puente manifestaba su satisfacción por el compromiso de Porras con el Instituto: “Porras está trabajando magníficamente; casi todas las tardes está en Lártiga; su apoyo resulta invalorable; el jueves iniciará el dictado de un cursillo sobre método de investigación”.

En esos años iniciales también se fue originando la costumbre de que cada 25 de octubre –aniversario de la muerte de Riva-Agüero– se llevara a cabo un acto académico en el que algún integrante de los Seminarios presentara un trabajo. Al parecer, la conmemoración del quinto aniversario –25 de octubre de 1952– dio pie a que se confirmara esa costumbre. Tal como le refirió Enrique Torres Llosa a De la Puente, en carta del 27 de octubre de 1949, en esa ocasión él –como Secretario encargado del Instituto– no quiso promover un acto social, sino más bien una reunión académica en la que los integrantes de los Seminarios expusieran los resultados de sus trabajos. La reunión fue “en mesa redonda”, y en

¹⁰ Escrito originalmente en francés, *L'Empire socialiste des Inka*, en 1928, se acababa de publicar traducido al español en 1943.

ella Torres Llosa presentó la labor desarrollada en el Instituto durante el año. Luego el estudiante Luis Alberto Ratto leyó un trabajo, y finalmente Raúl Ferrero Rebagliati “hizo una semblanza vibrante de don José, que cayó muy bien en el espíritu de los muchachos, que desconocen lo que fue nuestro maestro”. Torres Llosa decía que no se había tratado de una solemne actuación académica, pero que había sido “un homenaje sincero y cariñoso para el gran señor y amigo”. A partir de esa experiencia, sugería que cada 25 de octubre el mejor homenaje a la memoria de Riva-Agüero sería precisamente la presentación de los trabajos desarrollados en los Seminarios. Leamos cómo relató ese mismo acto Luis Jaime Cisneros, en carta a De la Puente de 9 de noviembre:

El día aniversario de Riva-Agüero organizamos una ceremonia distinta de cuanto había venido estilándose. No había, en mi sentir, mejor homenaje que el de mostrar qué se hacía y cómo se trabajaba en la casa donde el maestro había trabajado tanto para el Perú. La ceremonia se redujo a una ceremonia plenaria de los seminarios, con asistencia de Ferrero y de un descendiente (sic) de don José. Enrique informó sobre la marcha de los seminarios, Ratto leyó un trabajo original de investigación hecho bajo mi dirección, y Raúl cerró el acto recordando la figura de Riva-Agüero.

La Biblioteca del Instituto brindó sus servicios desde los momentos iniciales, pero en esos primeros años se fueron afianzando algunas costumbres. Por ejemplo, la de no ofrecer préstamos a domicilio, ya que, al parecer, había sido una práctica que había generado inconvenientes. En la mencionada carta de 27 de octubre de 1949, Torres Llosa planteaba la necesidad de prohibir terminantemente esos préstamos, y de informarlo públicamente, para poder hacer valer esa prohibición incluso ante pedidos que pudieran formularse de parte de personas de importancia.

La gestación del proyecto de las *Obras Completas* de Riva-Agüero

En la correspondencia entre Belaunde y De la Puente aparece también el germen de lo que luego fue el proyecto de publicación de las *Obras Completas* de Riva-Agüero. En carta de 16 de julio de 1949 –desde el barco italiano “Marco Polo”, en el que viajaba a Europa– De la Puente

le decía a Belaunde que el marqués de Saltillo –amigo español de Riva-Agüero, que había recibido de éste el encargo de publicar sus obras– le había enviado un poder al embajador de España en el Perú, Fernando María Castiella, precisamente para la publicación de las obras de Riva-Agüero. De la Puente le decía a Belaunde que ese proyecto debía estar en manos del Instituto:

[...] creo yo que sería de gran importancia que usted consiguiera de Castiella que el encargo se lo hiciera al Instituto o a una comisión con otras personas más para proceder de inmediato a la selección del material. Nosotros tenemos el personal para la obra y, al mismo tiempo, el mejor derecho. Sobra que le indique que cuenta conmigo para lo que sea necesario. Zevallos sería muy útil para esta labor y entre los jóvenes de los Seminarios hay algunos que podrían servir de auxiliares; Pacheco los conoce.

A ambos les preocupaba la posibilidad de que la publicación de las *Obras Completas* fuera dirigida por personas ajenas al Instituto. De hecho, dos semanas antes de la carta a Belaunde, el 1 de julio, De la Puente le escribía a Enrique Torres Llosa –quien había quedado encargado de la Secretaría del Instituto–, y mostraba su vehemencia en ese asunto:

[...] el marqués de Saltillo, encargado por el testamento de Riva-Agüero para la publicación de sus obras, ha delegado todas sus facultades en el Embajador Castiella; este, según me lo indicó en Lima, desea delegar en alguien esta facultad para el logro mismo de la obra, dado que él, personalmente, no puede realizarla. Yo creo que Belaunde debe hablar con el Embajador para que se le conceda al Instituto la preparación de la obra; no es necesario decirte todas las razones que apoyan este punto de vista; también es posible que algunas otras personas ayudaran al Instituto en esta labor [...]. Piensa lo grave que sería para el Instituto el que no se le encargara esta tarea. Sin duda tenemos el personal para la obra; con el elemento joven y con algunos mayores podría completarse el equipo.

En España, De la Puente se entrevistó con Saltillo, tal como se lo refería a Belaunde en carta del 28 de noviembre de 1949, desde Madrid:

Hace una semana estuve con Saltillo, quien me dijo que mucho lamentó no poder conversar con usted; entre mayo y junio pasará a Lima para estudiar el problema de la edición de las obras de Riva-Agüero; yo le ofrecí, en nombre de usted, la colaboración del Instituto; Dios quiera que no se presente dificultad.

Las becas a España

En esos años iniciales, se gestó también el proyecto de contar con becas ofrecidas por el Instituto de Cultura Hispánica para que, cada año, algunos estudiantes pudieran, por intermedio del Instituto Riva-Agüero, desarrollar estancias de investigación en archivos españoles. Si bien la mayor parte de los becarios fueron estudiantes de Historia, los hubo también de otras disciplinas, como Literatura y Filosofía. Como ya se ha mencionado, De la Puente había participado en 1946, en el contexto del Congreso de Pax Romana –organización internacional de estudiantes católicos– del acto de fundación del Instituto de Cultura Hispánica, celebrado en el monasterio del Escorial. Allí pudo conocer a Alfredo Sánchez Bella, que luego sería presidente de dicho Instituto. Posteriormente, De la Puente colaboró en la fundación, en Lima, del Instituto Peruano de Cultura Hispánica. En ese contexto mantuvo contacto con Sánchez Bella, lo cual sirvió para conseguir las becas para el Instituto Riva-Agüero. En carta desde Madrid de 28 de noviembre de 1949, le informaba de todo ello a Belaunde: “De acuerdo con lo que usted me indicó le escribí la carta a Sánchez Bella sobre el asunto de las becas para el Instituto Riva-Agüero; nos han otorgado tres por un año, en lugar de cuatro meses, que salía muy corto”.

El Seminario de Historia

Si bien el Seminario de Historia del Instituto Riva-Agüero fue el principal semillero de vocaciones para la carrera de Historia, ya desde la década de 1930 la docencia y la investigación históricas contaban en la Universidad Católica con un profesor especialmente importante: el Padre Rubén Vargas Ugarte, S.J. Él fundó en 1937, y sostuvo durante algunos años, el Instituto de Investigaciones Históricas, cuya biblioteca

incorporó después a la del Instituto Riva-Agüero. En efecto, en carta del 20 de abril de 1953, el P. Vargas le comunicaba a De la Puente su decisión de donar al Instituto Riva-Agüero los libros que habían pertenecido a la fenecida institución, al igual que “una pequeña colección de huacos” que le había sido obsequiada por un párroco de Nazca, amigo suyo. Por todo ello, podría decirse que ese Instituto de Investigaciones Históricas fue un predecesor del Seminario de Historia del Instituto Riva-Agüero.

El Seminario se creó en 1947, el mismo año de la fundación del Instituto, bajo la dirección de José Agustín de la Puente, quien a partir de entonces combinó sus tareas de gestión como Secretario, con la responsabilidad de dirigir el Seminario de Historia. Tenía 25 años, y también ese mismo año había iniciado su carrera docente en la Universidad Católica, gracias a la invitación recibida del P. Vargas Ugarte. Precisamente el P. Vargas fue quien asesoró su tesis, y le transmitió los principios fundamentales de la metodología y las técnicas de investigación en Historia. De la Puente recordaba con gratitud cómo el Padre Vargas llegó a acompañarlo al Archivo para revisar junto con él la documentación pertinente para su tesis y para enseñarle a fichar, entre otras técnicas de investigación. Así, el magisterio del P. Vargas, a través de José Agustín de la Puente, tuvo decisiva influencia en el Seminario de Historia.

En ese sentido, un concepto central que el P. Vargas transmitía, en lo referido a las técnicas de investigación, era el de la ficha, que facilitaba una investigación ordenada. En efecto, la importancia de la ficha no radicaba en la de ser un trozo de papel o de cartulina de determinadas dimensiones, sino que permitía que cada idea o dato recogido por el investigador pudiera consignarse independientemente, de modo que fuera posible cambiarlos de orden, o clasificarlos de modo distinto. Este concepto de la ficha de investigación fue transmitido también por De la Puente en el Seminario de Historia. Presentaba también la importancia de la ficha bibliográfica, en la que se detallaban los principales datos de un libro o de un artículo académico. De hecho, era frecuente que los estudiantes que ingresaban al Seminario de Historia se iniciaran haciendo fichas bibliográficas, como ocurrió con el proyecto sobre la bibliografía en torno al Libertador San Martín. En carta de 27 de octubre de 1949, Torres Llosa informaba a De la Puente sobre la marcha del Seminario de

Historia –con alguna nota irónica referida precisamente a las fichas–, y además poniendo de relieve cómo continuaba con sus labores a pesar de la ausencia de De la Puente, quien lo fundó y lo animaba:

Los muchachos del [Seminario] de Historia han continuado sus labores. Veo a César Pacheco y Alicia Calle empeñados con alguna frecuencia en esa cosa terrible que es hacer fichas. No puedo juzgar su trabajo, porque bien sabes que no es mi materia. Pero, al menos, los he visto reunirse. [...] De todos modos, es encomiable y es elogio para ti, constatar que el grupo no se ha disuelto y sigue fiel en sus labores.

Desde la dirección del Seminario de Historia, De la Puente fue un entusiasta promotor de investigaciones, al igual que animador de vocaciones dirigidas al estudio de la Historia. Además, comenzó a dirigir tesis. Uno de sus grandes objetivos era el de atraer a los alumnos que ingresaban a la Universidad a las actividades de los Seminarios del Instituto, y en particular al de Historia. Por ejemplo, en una carta a Pacheco desde Roma, el 11 de abril de 1950, se refería a eso: “Estoy seguro que no olvidarán la labor con los muchachos que ingresen este año. No creo que resulte inútil una reunión como la del año pasado para organizar la actividad de los Seminarios”.

En carta de 29 de mayo de 1949, Pacheco le informaba que cinco estudiantes recién ingresados a la Universidad se habían incorporado al Seminario de Historia, y que con ellos –añadidos a los miembros mayores del Seminario– estaban trabajando en el antes mencionado proyecto que había propuesto De la Puente, dirigido a elaborar una completa relación de los textos en torno a José de San Martín publicados en el Perú. Así, los miembros del Seminario se repartían las unidades bibliográficas –libros, folletos, artículos u otras publicaciones–, hacían una ficha de cada una, y además un pequeño resumen sobre el contenido. Ese proyecto vio la luz en 1952, como parte del primer número del *Boletín del Instituto Riva-Agüero*. Se trató de una publicación de más de 120 páginas, bajo el título de “San Martín en la bibliografía peruana”. Bajo la dirección de De la Puente, fueron nueve los alumnos del Seminario de Historia que desarrollaron ese trabajo: Alicia Calle Macedo, Ninfa E. Oviedo Chamorro, Alberto Arrese Vásquez de Velasco, Jorge Contreras Ovalle,

Carlos Deustua Pimentel, Pablo Macera Dall'Orso, Armando Nieto Vélez, César Pacheco Vélez y Javier Valle-Riestra González-Olaechea.¹¹

El Seminario, desde sus inicios y a lo largo de las décadas de 1950 y de 1960, sobre todo, desarrolló una intensa actividad académica y produjo muchas publicaciones, en especial sobre el tiempo de la Independencia. El entusiasmo y el compromiso de De la Puente con el Seminario de Historia hicieron evidente desde el inicio su liderazgo. Por ejemplo, durante el viaje de un año que hizo a Europa, el Seminario continuó con sus trabajos, pero César Pacheco –por carta del 11 de enero de 1950¹²– le hacía sentir que las cosas no marchaban de igual modo sin su presencia: “Como verás, se avanza muy lentamente sin tu presencia estimulante”. De la Puente, por su parte, aprovechaba su estancia en España –en particular en el Archivo de Indias– para recopilar información que pudiera servir para el Seminario. Se lo decía a Pacheco en carta desde Sevilla, el 17 de febrero de 1950: “Cada día obtengo mayores cosas para nuestro Seminario, pero no tengo tiempo para completar y remitir las fichas; en Lima, con el material que llevo en microfilm, podremos trabajar muy bien”.

La forma de trabajo del Seminario combinaba sesiones de lectura de textos clásicos y reuniones de coordinación, con el establecimiento de grupos de trabajo especializados, que tenían sus objetivos específicos. De la Puente lo explicaba el 22 de febrero de 1954 en carta a José Antonio Del Busto Duthurburu –quien se encontraba en Sevilla–, en la que le contaba novedades de Lima:

El trabajo marcha bien y con mucho orden. Mi mayor preocupación está en el mayor desarrollo –que lo obtenemos día a día– de los grupos especializados de trabajo; en el XVI, te acompañarán Santillana y Teresa Bérninzon. Raúl ya está encaminado en su tesis y trabaja con orden; Víctor, recién llegado de Piura reiniciará en estos días sus labores. Seguimos con una reunión general a la semana y otra reunión por cada grupo de especialidad y de año. Estamos preparando, en mimeógrafo, una pequeña antología de

¹¹ Puente 1952.

¹² Por error en la carta aparece el año 1949.

“tus amados clásicos”, para organizar así lecturas más minuciosas y con mayor provecho [...].

Refiriéndose a su etapa de formación académica, en la década de 1950, Pablo Macera puso de relieve la importancia del Seminario de Historia del Instituto Riva-Agüero:

Entonces, paradójicamente, quien mayores iniciativas de modernización tuvo fue un profesor no de San Marcos sino de la Católica, José Agustín de la Puente, de quien escuché su seminario en el Instituto Riva-Agüero durante dos años. Luego hubo diferencias de opinión que hicieron que me apartara de la Católica. Pero le debo a De la Puente haber conocido una aproximación a la Ilustración y al siglo XVIII como la de Cassirer, que era mucho más analítica que el fácil libro de Hazard. Por ese entonces Riva-Agüero era un instituto innovador.¹³

Identificación personal de José Agustín de la Puente con el Instituto Riva-Agüero

De los testimonios brindados por el propio José Agustín de la Puente, de las opiniones de sus colegas y discípulos, y de lo que se desprende de su epistolario, queda claro que fue muy profunda su identificación personal con el proyecto del Instituto Riva-Agüero. Debe destacarse la total entrega de De la Puente a ese proyecto, en cuyo desarrollo demostró un genuino espíritu de servicio, y también un sentido institucional por encima de ambiciones personales. Digo esto porque, al emprender con sus padres un largo viaje a Europa en 1949, envió una carta renunciando a la Secretaría del Instituto, lo cual no fue aceptado por Belaunde. En carta del 16 de julio de ese año le decía a don Víctor Andrés:

En este mismo correo, en un sobre para Pacheco, envió la carta de renuncia a la Secretaría del Instituto, que se me olvidó entregar en los apuros de los últimos días de Lima; mucho le agradezco, como lo hice en Lima, su buena voluntad para no aceptarla y solo concederme licencia, mas cumplo con el deber de presentarla y usted

¹³ San Martín y Cabanillas 2007: 82-83.

proceda conforme a los intereses del Instituto; para no pecar de majadero no insisto en este punto, pero ya conoce usted mi opinión y todo lo que puede rendir Torres Llosa. Yo siempre, cualquiera que sea la solución, permaneceré íntimamente vinculado a nuestro muy querido Instituto.

Posteriormente, en carta del 4 de septiembre, Belaunde le informaba que el Consejo Universitario no había aceptado su renuncia, y que se le había concedido licencia. Las siguientes líneas son muy expresivas: "Deseo que este viaje sea muy feliz para ti, pero que vuelvas a lo más tarde en junio del año entrante porque eres irremplazable en el Instituto y en la Facultad de Letras. Llegarás lleno de experiencias y de iniciativas".

Es interesante notar cómo, durante los doce meses de su viaje, desde el Instituto se informaba detalladamente a De la Puente de todo lo que ocurría: desde las cuestiones académicas hasta detalles materiales menores. Por ejemplo, Torres Llosa, en carta de 27 de octubre de 1949, le manifestaba sus ideas sobre cómo reconducir el desarrollo del Seminario de Filosofía –que él dirigía–, y a la vez le informaba que "el mobiliario continúa siendo bien cuidado, y en el local se han puesto ya tres vidrios, de tres ventanas, que estaban rotos: uno en la claraboya de la Capilla, otro en el salón de conferencias y un tercero en el salón dorado".

Y en las cartas que De la Puente recibía, eran constantes los comentarios referidos a lo notorio de su ausencia. Por ejemplo, el 9 de noviembre de 1949 Luis Jaime Cisneros le decía: "Con los amigos y los alumnos del Instituto, no hacemos sino recordarte siempre y medir lo que nos falta con tu ausencia".

Durante ese viaje no solo se preocupó por recoger material para el Seminario de Historia, sino también para otros grupos de trabajo. Por ejemplo, en carta dirigida a Luis Jaime Cisneros, desde Barcelona, el 24 de julio de 1949, le decía que había conseguido varias publicaciones sobre técnicas del trabajo intelectual y sobre temas bibliográficos, y que las enviaría para que estuvieran a disposición de los Seminarios del Instituto. Su identificación con el Instituto se desprende también de lo que le

escribió a César Pacheco, el 1 de julio de 1949, cuando estaba viajando a Europa:

Nunca olvides lo que hemos conversado en Lima sobre estas cosas, sobre la constancia y entusiasmo inquebrantables y sobre todos los problemas anexos. Piensa en la responsabilidad que tienes en estos asuntos, ayuda siempre a Enrique, Belaunde y Zevallos; que no se altere la vida de los Seminarios.

Pacheco le contestó el 13 de julio de 1949, manifestándole algunos problemas que se habían presentado en el Instituto luego de su partida. Si bien la cita es larga, vale la pena leerla, porque muestra cómo el proyecto del Instituto no solo supuso afanes intelectuales de fondo, sino que también significó –como es habitual– atender cuestiones menores de carácter material, y también enfrentar choques personales que se daban en el marco del trabajo que en conjunto se hacía:

En realidad te mentiría si te dijera que las cosas no han cambiado; han cambiado y bastante [...]. No bien te fuiste, las cosas se pusieron muy mal en el Instituto y créeme que si no renuncié fue porque me hice cargo de la responsabilidad de que me hablas y porque sabía que te habías ido tranquilo dejando a un amigo en el Instituto. Pero descuida, lo peor ya ha pasado y felizmente las cosas han vuelto a su sitio. Lo que pasó fue sencillamente lo siguiente: Máximo y Lostaunau convencieron al Dr. Belaunde que aquel libro de Derecho Civil perdido en la Sala España desde antes que tú te fueras, podía haberlo sustraído algún muchacho de los Seminarios. El Dr. se inquietó mucho y prohibió el ingreso a la Sala España, a la de Historia, etc. Los seminarios solo podían tenerse en la Sala de Lectura y en la contigua al salón de conferencias. [...] Por otro lado, Máximo me armó más de un escándalo por haber llegado ‘después de las 10 a.m.’, y llegó a amenazarme con denunciarme al Dr. Belaunde. Ahora veo que tuve razón en insistirte majaderamente, para que se le dijera que yo era autoridad sobre él; no obstante, no lo ha entendido. [...] Luis Jaime le puso a Belaunde la condición de seguir en la Sala España o se retiraba del Seminario [...]. No sabes cuánto te extrañamos en Lártiga. Todos los muchachos están constantemente preguntando por ti. Los de nuestro seminario y Oquendo, Ratto, Arnillas, esperan que te des tiempo y en alguna oportunidad les escribas.

Recordemos que Pacheco tenía tan solo 20 años de edad, y De la Puente 27. Este le contestó desde Barcelona, el 24 de julio:

Me ha dado verdadera pena lo que me cuentas del Instituto, mas gracias a Dios que todo está arreglado. Estoy en absoluto acuerdo con todo tu pensamiento y con tus reflexiones; hay que seguir en la obra sin desmayos ni titubeos, como muy bien lo dices, ni por uno ni por muchos contratiempos puede abandonarse una obra como la de nuestro muy querido Instituto.

Por otro lado, siempre el Instituto tuvo problemas para cubrir su presupuesto. Por ejemplo, poco después Pacheco le informaba que no había recursos para comprar las fichas que se necesitaban para el adecuado trabajo en el Seminario de Historia. Desde Bilbao, el 20 de agosto de 1949, De la Puente no dudó en habilitarle 500 soles para ese y otros gastos que pudiera requerir el Seminario:

No debe perderse tiempo por la falta de fichas para los índices [...]; como el Instituto no tendrá dinero por muchos años... hay que adoptar una solución práctica [...]: que te molestes en pasar por la oficina del Sr. Armenteras y él te entregará quinientos soles con los que por lo menos se podrá pagar una parte del gasto [...]. Perdóname por la 'forma' de mi intervención y por las molestias que pueda ocasionarte, pero no debe detenerse la labor de nuestro querido Seminario. Lo único que te pido en la forma más encarecida es que a nadie le informes del asunto; si lo consideras necesario, con que Enrique¹⁴ y Zevallos¹⁵ lo sepan es suficiente.

Es de destacar su delicadeza, al no querer que se conociera su apoyo económico al Seminario. Igualmente, del epistolario se desprende su afán por mantener un espíritu de concordia y de tolerancia entre todos quienes participaban en el trabajo intelectual. Así, el 4 de mayo de 1953 le decía a Pacheco lo siguiente:

También debemos pensar desde un plano más alto, menos personal, y considerar cómo en los mismos que discrepan de nosotros y de nuestra manera de ver las cosas, hay elementos y actitudes que no solo debemos respetar, sino observar lo que pueda haber de

¹⁴ Enrique Torres Llosa.

¹⁵ Jorge Zevallos Quiñones.

bueno y útil. Debemos [...] afanarnos en la obra positiva y no colaborar en la búsqueda de los desacuerdos ni de las rivalidades [...].

En el contexto de la vida cotidiana del Instituto circulaban también rumores, que le eran notificados a De la Puente cuando este estuvo en Europa entre 1949 y 1950. Uno tuvo que ver precisamente con la preocupación que hubo al circular la versión de que iba a abrazar el estado religioso en España. Se lo dijo César Pacheco, en carta del 31 de agosto de 1949:

Carlos Álvarez Calderón¹⁶ ha viajado a Francia para ingresar a un convento. A propósito han circulado extraños rumores según los cuales tú piensas hacer lo mismo en España. Qué hay de esto, pues muchas personas me han preguntado y no he sabido qué contestar; y la noticia sé confidencialmente que ha salido de Honorio Delgado.

* * *

Con este texto he querido contribuir al mayor conocimiento de la historia del Instituto Riva-Agüero, aprovechando sobre todo –como indiqué al inicio– el rico epistolario dejado por José Agustín de la Puente Candamo. A través de esas cartas hemos podido conocer detalles referidos a las preocupaciones intelectuales que llevaron a la fundación del Instituto, al igual que muchas otras situaciones –algunas sencillas y hasta prosaicas– que se dieron en la fundación y en los primeros tiempos de vida institucional. Cuando faltan pocos años para la celebración de las ocho décadas de su fundación, es importante tener presentes a todas aquellas personas que, de modo generoso y desinteresado, colaboraron en ese proyecto, que dio a luz lo que hoy es uno de los centros de investigación más importantes del Perú.

¹⁶ Primo segundo de José Agustín de la Puente, Carlos Álvarez Calderón Ayulo, en efecto, viajó a Francia y posteriormente recibió la ordenación sacerdotal.

Bibliografía

- Baudin, Louis. [1928] 1943. *El imperio socialista de los incas*. Santiago: Zig Zag
- Belaunde, Víctor Andrés. 1967. *Trayectoria y destino: Memorias*, 2 vols. Lima: Ediciones de Ediventas
- Pacheco Vélez, César. 1962. "Nota preliminar". En: Riva-Agüero, José de la, *Obras completas*. Vol. II: *Estudios de literatura peruana. Del Inca Garcilaso a Eguren*, pp. IX-XV. Lima: Instituto Riva-Agüero, Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Planas, Pedro. 1994. *El 900. Balance y recuperación*. Lima: CITDEC.
- Puente Candamo, José A. de la. 1994. "Recuerdos de José de la Riva-Agüero y Osma". *Boletín del Instituto Riva-Agüero*, 21: 167- 171.
- Puente Candamo, José A. de la (dir.). 1952. "San Martín en la bibliografía peruana". *Boletín del Instituto Riva-Agüero*, 1: 405-534.
- Riva-Agüero, José de la. 1910. *La Historia en el Perú*. Tesis para el doctorado en Letras. Lima: Imp. Nacional de Federico Barrionuevo.
- .[1905] 1962. *Obras Completas*. Tomo I: *Estudios de Literatura Peruana: Carácter de la Literatura del Perú independiente*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- .—1969. *Obras Completas*. Tomo IX: *Paisajes Peruanos*. Lima: Instituto Riva-Agüero, Pontificia Universidad Católica del Perú.
- San Martín, Juan y Cabanillas, Virgilio. 2007. "La vocación por la Historia y otros temas. Entrevista a Pablo Macera". *Tiempos. Revista de Historia y Cultura*, 2: 77-100.